

Hay todavía alguna distancia desde la ciudad á la casita que la familia habita en Tremoulé, cerca de Toulven.

Los mozos del pueblo echan al hombro mis maletas, y heme aquí en marcha para visitar al recién nacido; para trabar conocimiento con aquella familia de bretones, en la cual mi pobre Ives ha entrado de pronto, sin saber por qué con certeza.

¿Cómo serán estos nuevos padres de mi hermano y este país que ha de ser ya el suyo?

XLIV

Caminamos los tres por senderos huecos y profundos que huyen delante de nosotros, bajo una cubierta de hayas llenas de helechos.

Está muy entrada la tarde; el cielo está cubierto y en aquel camino es casi de noche. Acá y acullá vemos alineadas, al borde del camino, cabañas grises, muy alegres y tapizadas de musgo.

Una hay entre ellas de la cual parten las notas

de una antigua canción bretona, empleada desde tiempo inmemorial para adormecer á los niños.

—Esta es nuestra casa, dice Ives; están *me-ciéndole*.

Casi sumergida en tierra, y toda musgosa, es la cabaña de los Keremenen. Las hayas y las encinas extienden sobre ella su bóveda verde: la vivienda parece tan antigua como la tierra de los caminos.

Dentro está sombrío; vense las camas en forma de armario, alineadas con los baúles á lo largo de las paredes de granito sin labrar.

Vemos allí una abuela, con ancha gorguera blanca, que está cantando, cerca del recién nacido, una canción de cuando ella era niña.

En una cuna, á la moda bretona de otros tiempos, en que antes que él se habrían mecido sus antepasados, está acostado el hijo de Ives: un rollizo rorro de tres días, muy redondo, muy moreno, atezado como un marinó y que duerme con los puños cerrados debajo de la barba. Tiene unos pelillos que escapan de su gorrita y caen sobre su frente como pelillos de ratón. Yo le beso con toda el alma, porque es el hijo de Ives.

Nos dicen que la madre ^{está} descansando en una de aquellas camas, ^{UNIVERSIDAD DE MONTERREY} cuya puertecilla de

"ALFONSO REYES"

1^{do}. 1625 MONTERREY, N.M.

madera calada han cerrado, á fin de dejarla que duerma. Bajamos la voz para no despertarla y salimos Ives y yo con el propósito de ir al pueblo y preparar todo lo que se necesitará en la solemnidad de mañana.

XLV

Muy extraño nos pareció realizar actos civiles, de ciudadanos, como todo el mundo. Ante el alcalde, ante el cura, nos encontrábamos fuera de nuestro centro, y ocasiones hubo en que nos entraron ganas de reír.

El recién nacido es definitivamente inscrito en el Registro civil de Toulven con los nombres de *Ives-Pedro* (el de su padre y el mío), según costumbre del país. El señor cura, por su parte, convino en esperarnos al día siguiente, á las nueve de la mañana, en la iglesia, donde se cantaría el *Tedéum*.

—Volvamos ya, dijo Ives; el suegro debe de haber regresado, y vamos á retrasar su cena.

XLVI

La noche de Junio cafa dulcemente, con silencio y calma, sobre la comarca.

En aquel camino hondo apenas se veía.

El anciano Corentin Keremenen había regresado, en efecto, de su trabajo del campo y nos esperaba á la puerta. Hasta había tenido tiempo de acicalarse: se había puesto su gran sombrero con cinta de plata y su vestido azul de los días festivos, adornado con lentejuelas de metal y con un bordado en la espalda representando el Santísimo Sacramento.

Adviértese en la cabaña cierta agitación alegre; un aire de solemnidad. Los candeleros de cobre brillan sobre la mesa, cubierta con un blanco mantel. Los baúles, los taburetes, todos los antiguos muebles de encina brillan como espejos: se advierte que la mano de Ives ha pasado por allí.

Los candeleros, sin embargo, no alumbran á mucha distancia; hay en la cabaña algunos rincones oscuros; se ven moverse objetos grandes y muy blancos; son las cofias de anchas alas y las gorgueras rizadas de las mujeres; en otras partes los fondos son oscuros; la luz llega á morir, oscilando sobre el granito de las paredes ó sobre las vigas irregulares y ennegrecidas por el tiempo que sirven de sostén al techo de paja de la cabaña. Siempre aquella paja, siempre aquel granito sin pulir que prestan á las aldeas bretonas ese carácter de épocas primitivas.

Se lleva á la mesa la excelente y humeante sopa, y todos nos sentamos alrededor. Ives á mi izquierda; á mi derecha, Ana, mi comadre.

Es una cena opípara: muchas gallinas en salsas diferentes; tortillas con manteca y azúcar; multitud de platos del país, vino y sidra dorada que hace espuma en las copas.

Ives me dice por lo bajo:

—Mi suegro es muy buen hombre, y mi suegra Mariana no puede usted figurarse lo buena que es. Yo les quiero mucho.

Durante la noche, una joven trae del pueblo algo que abulta mucho, y que la madrina se apresura á recoger y ocultar en un baúl, mientras que

Ives, guiñando el ojo con cierta sonrisa maliciosa, me dice:

—Ya ve usted; todos esos preparativos son en honor de usted.

Ya había yo adivinado lo que aquello era: la cofia de gala y la inmensa gorguera bordada y rizada que deberán adornarla en la fiesta de mañana.

Por mi parte tengo algunas cosillas, que procuro, ayudado por Ives, sacar de mi maleta sin que lo noten: dulces, bombones, una cruz de oro para la madrina. Pero Ana lo ha visto todo con el rabillo del ojo, y se echa á reír. ¿Qué hemos de hacerle? No es posible tener secretos en un alojamiento en que no hay más que una puerta, y una habitación sola para todos.

Periquillo, entretanto, siempre redondo como un ángel de bronce, sigue durmiendo en la misma postura, con los puños cerrados debajo de la barba. Nunca he visto un recién nacido tan guapo, ni tan prudente.

XLVII

Al día siguiente, jueves 16 del mes de Junio de 1878, con un tiempo hermoso, se organiza el acompañamiento del bautizo en la cabaña de los Keremenen.

Ana, en un rincón y volviéndonos la espalda, ajusta su magnífica cofia delante de un espejo, algo violenta por verse obligada á tales preparativos delante de mí; pero las chozas de Bretaña no son grandes, y en su interior no existen más separaciones que los armarios en que se duerme.

Ana está vestida con un traje de percal negro, cuyo corpiño, abierto, aparece bordado con sedas de muchos colores y sembrado de lentejuelas de plata; lleva un delantal de *moaré* azul y una gorguera que sobresale de sus hombros; es una gola blanca con mil pliegues, que se sostiene rígida como las golas del siglo décimosexto. Yo me he puesto un uniforme casi nuevo, con los galones dorados completamente frescos. Estoy seguro de

que cuando, dentro de un rato, salgamos por aquellos verdes senderos de la montaña, dándonos el brazo, vamos á producir gran efecto.

Cerca del recién nacido veo esta mañana un personaje nuevo: es una vieja fea y extrayagante que manda y que es obedecida: á lo que parece, es la matrona.

—Tiene traza de bruja, me dice Ana, que adivina mi pensamiento; pero es muy buena mujer.

—¡Oh! sí, muy buena mujer, dice apoyando lo dicho por su hija el anciano Corentin; tiene esa traza, es cierto, no puede remediarlo; pero es muy religiosa y ha conseguido bendiciones y muchas indulgencias, el año pasado, en la romería de Santa Ana.

Partida en dos, como Carabosse, con su nariz encorvada como pico de mochuelo, sus ojillos grises ribeteados de rojo, que parpadean rápidamente como los de la gallina, va, aquella vieja, de acá para allá, muy afanada, con su gran gorguera de gala, muy tiesa; cuando habla, su voz sorprende como un ruido nocturno; creeríase oír el lúgubre canto del buho en los cementerios.

Ni á Ives ni á mí nos agradaba ver á la vieja cerca del recién nacido; pero pensamos después

que la pobre mujer llevaba ya cincuenta años ocupada en la tarea de presidir los nacimientos y los bautizos de todos los niños de la comarca, sin que jamás les hubiera hecho *mal de ojo*; muy al contrario. Por otra parte, la matrona observa cuidadosamente los antiguos ritos, los ritos tradicionales, como, por ejemplo, hacer que el niño beba, antes de cristianarse, cierto vino, en el cual se ha mojado previamente el anillo de esponsales de la madre, y otros muchos que no deberían ser desdeñados nunca.

En la cabaña, muy hundida y muy á la sombra, sólo se ve lo absolutamente necesario. Un poco de luz entra por la puerta; en el fondo existe una especie de ventanillo ó claraboya practicada en el espesor del muro granítico, pero los helechos la han invadido: se los ve por refracción, como delicadas recortaduras de una cortina verde.

El tocado de *Periquillo* ha terminado sin que el protagonista de la función piense en llorar ni en dar gritos. Me hubiera agradado que le vistiesen de bretón; pero no, le han vestido todo de blanco, envolviéndole en una especie de capa bordada y llena de lazos, como á un señorito de la ciudad. Metido en aquel traje de muñeco pare-

ce más vigoroso y más cetrino; los recién nacidos de las ciudades populosas, cuando van á recibir las aguas del bautismo, no tienen, por lo general, sangre tan viva y tan fuerte.

Confieso, para ser veraz, que mi ahijado no es todavía bonito; es muy probable que lo sea andando el tiempo; pero, por el pronto, tiene un aspecto abotagado, como de un gato de pocos días.

Fuera, en el sendero lleno de helechos, bajo la bóveda verde formada por las copas de los árboles, agitábanse ya en movimiento incesante grandes cofias blancas de las muchachas de la aldea y corpiños de percal bordados como el de Ana. Han salido de las cabañas próximas y están esperando para vernos pasar.

Cogidos del brazo Ana y yo, nos pusimos en camino. Periquillo, el héroe de la función, tomó la delantera en los brazos de la vieja de nariz de mochuelo, que emprendió un trotecillo menudo y rápido, deslizándose por el camino de una manera extraña, parecida al movimiento de las hadas. Ives iba detrás de nosotros, con su traje de boda; muy grave, un poco asombrado por hallarse en tal fiesta, acaso un poco cortado de ir solo; pero eso es la costumbre.

Alegres como aquella mañana de Junio, seguimos el sendero; sobre nuestras cabezas la cubierta de hayas y encinas, tamizada por brillantes círculos de luz que caen en millones á través del follaje como una lluvia blanca. Penden las clemátides confundidas con las madresevas, y los pájaros cantan como para saludar y dar la bienvenida á su compañero, que sale por primera vez á la luz del sol.

Ya estamos en Toulven, que es casi una ciudad, aunque pequeña. Aquellas buenas gentes están en la puerta: nosotros desfilamos por la calle Mayor, dirigiéndonos á la iglesia.

La iglesia de Toulven es un edificio antiquísimo; su masa gris élévase en el azul del cielo, con sus altas agujas de granito con caprichosos calados, que en varios sitios los líquenes doran. Domina por un lado un estanque extenso é inmóvil, lleno de nenúfares; por el otro, una serie de colinas, uniformemente cubiertas de árboles, que forman un horizonte sin límites.

No muy lejos un cercado antiguo: es el Campo-santo. Numerosas cruces adornan el recinto sagrado, y parecen salir de su alfombra de flores, claveles, alelís y blancas margaritas. Y en los rincones más abandonados, allí donde el tiempo

ha nivelado la desigualdad del césped, también hay flores para los muertos: las que espontáneamente produce aquella roja tierra de Bretaña. Las tumbas se aglomeran allí, á la puerta de la iglesia secular, como el misterioso umbral de lo eterno; aquella masa gris que se eleva, aquella aguja que pretende volar, parece efectivamente que protegen contra el aniquilamiento. Dirigiéndose hacia el cielo, todo aquello llora y ruega; es como una oración eterna, esculpida en el granito. Y las humildes tumbas, sumergidas entre la hierba, esperan allí, más confiadas, en los umbrales del templo, el sonido de la trompeta y de las voces del *Apocalipsis*.

Allí, sin duda, cuando yo haya muerto ó me encuentre cascado por los años y la fatiga, descansará mi hermano Ives; volverá á la tierra bretona su cabeza incrédula y su cuerpo que de la tierra ha tomado. Después, también *Periquillo* vendrá á dormir aquí—si el mar no nos le arrebatá—y sobre aquellas tumbas, las flores rojas de los campos bretones crecerán como hoy y brillarán á la luz del sol hermoso del mes de Junio.

En el atrio del templo estaban todos los niños de la aldea, afectando gran recogimiento. Tam-

bién estaba allí esperándonos el señor cura con su traje de gala.

Era un atrio de una arquitectura muy primitiva, cuyas piedras habían desgastado muchas generaciones bretonas. Parecían por allí Santos disformes, tallados en el granito y alineados como gnomos.

La ceremonia en el pórtico fué larga. La vieja de cabeza de mochuelo había colocado á *Periquillo* en nuestros brazos; la madrina y yo le sosteníamos, según la costumbre, ella por los pies y yo por la cabeza. Ives, recostado en los graníticos pilares, nos miraba como soñando, y Ana estaba muy linda, en aquel pórtico, con su hermoso traje completamente iluminado por un rayo de sol.

Periquillo hizo un gesto de desagrado y pasó la puntita de su lengua por los labios cuando le hicieron probar la sal, emblema de las amarguras de la vida.

El párroco recitó muchos *Oremus* en latín, y después dijo en la misma lengua: *Ingrederere, Petre, in domum Domini*. Entonces penetramos en el templo.

Los Santos que allí había, en sus hornacinas, trajes del siglo XVI, contemplaban la entrada

de Periquillo con el mismo aire místico y apacible con que habían visto nacer y morir diez generaciones humanas.

En la pila bautismal también fué larga la ceremonia; después fué necesario que nos detuviésemos allí, delante de la verja del coro, Ana y yo de rodillas, como dos desposados.

Por último, hube de tomar yo solo al hijo de Ives entre mis manos, poco habituadas á estos menesteres, y temblando de miedo de quebrarle subí las gradas del altar, con el precioso fardo, para besar el blanco lienzo sobre el cual se coloca el Santo Sacramento. No pensaba yo que fuese cosa tan difícil sostener á un recién nacido; y menos mal que estaba dormido; si hubiera empezado á moverse, me habría sido imposible tenerlo.

Todos los muchachos del pueblo nos acechaban á la salida; bretoncillos pícaros, de rostros espantados, de mejillas redondas y de largos cabellos.

Las campanas volteaban alegremente, allá arriba, en el oscuro campanario, y comenzaba detrás de nosotros el *Tedéum* entonado á toda voz por niños de coro, vestidos con sotanas rojas y blancas sobrepellices.

Dejáronnos pasar con tranquilidad y recogimiento por la florida calle que flanqueaban las tumbas; pero después... después... cuando estuvimos fuera (!!)...

Periquillo, causa inocente de aquella batahola, había partido delante, llevado cada vez más de prisa por la vieja de nariz encorvada, y sumergido siempre en su sueño tranquilo. Ana y yo fuimos asaltados: muchachos y muchachas nos rodeaban dando gritos y saltos; había entre ellos pequeñuelas, que apenas tenían cinco años, y que llevaban grandes cofias y gorgueras inmensas, lo mismo que sus madres; las chiquillas saltaban también alrededor nuestro como muñecas, produciendo un efecto verdaderamente cómico.

Era singular la alegría de aquellas bretoncillas rojas, con largos cabellos, de amarillo seda, entradas apenas en la vida y con trajes y modas de la antigüedad; exuberantes de inconsciente alegría, como en otro tiempo lo estaban sus predecesoras... que han muerto ya. ¡Alegría de la vida nueva! ¡Alegría como la que experimentan los gatitos, los cabritillos, y... pasados diez años, mueren! ¡Los perrillos, los corderos, disfrutan de esos goces, saltan como los niños, aquello pasa, y se les da muerte!...

Arrojámosles puñadosde confites, y todo el camino quedó sembrado de grajeas y de golosinas. Mucho tiempo durará en Toulven el recuerdo del bateo de Periquillo.

Por último, volvimos á encontrar la calma del sendero bretón, la extensa y verde calle de árboles, y en su límite la aldea semisalvaje.

Era muy cerca del mediodía; bandadas de moscas y de mariposas volaban á lo largo del camino. Hacía demasiado calor para aquel país.

En pleno día era un verdadero jardín el techo pajizo de los Keremenen; innumerables florecillas blancas, amarillas, rojas, se habían instalado allí, en compañía de una gran variedad de helechos, y el sol se desparramaba sobre ellas, tamizado siempre por entre el espeso follaje de las añosas encinas.

Dentro de la choza aún hacía fresco, en aquella semioscuridad un poco verde, bajo la bóveda de las antiguas vigas.

El almuerzo estaba en la mesa, y la mujer de Ives, que se levantaba por primera vez después del alumbramiento, nos esperaba sentada en su sitio y con su hermoso vestido de día de fiesta. En pocos días su juventud había desaparecido: estaba pálida y flaca. Ives la miró como sor-

prendido, sorpresa que ella pudo notar; después, comprendiendo que había hecho mal en dejar que vieran su disgusto, fué á besarla con mucho cariño, con ciertos aires de gran señor. Yo vaticiné cosas muy tristes de ese desencanto.

Sin embargo, aquella comida de bautizo fué alegre. Estuvo compuesta, en su mayor parte, de platos bretones, y duró mucho.

A los postres oímos que canturreaban muy de prisa, á dos voces, en idioma de la Bretaña baja, unas especies de letanías. Eran dos viejas, dos mendigas, que iban cogidas del brazo y se apoyaban en sendos palos, como suelen hacer las hadas cuando adoptan formas caducas para no ser reconocidas.

Solicitaron entrar, á fin de decir la *buenaventura* á Periquillo. Sobre su cuna, en que se le mecía dulcemente, hicieron los vaticinios más lisonjeros; después se retiraron bendiciéndonos á todos. Entonces les dieron buenas limosnas, y Ana les hizo tortas con manteca.

XLVIII

Después del mediodía ocurrió una escena poco agradable: el pobre Ives estaba algo aturdido y se obstinaba en ir á Bannalec y tomar el ferrocarril para volver á bordo.

Ana, él y yo estábamos muy lejos paseando en el bosque cuando, no sé por qué, dió en esa manía. Ives nos había dejado, y volviéndonos la espalda, dijo que no volvería más. Ana y yo le seguimos con inquietud por lo que pudiese hacer.

Cuando llegamos, detrás de él, á la cabaña de los Keremenen, le vimos que había arrojado al suelo su camisa blanca y su hermoso traje de boda; desnudo de medio cuerpo arriba, como se ponen los marineros á bordo para su tocado de mañana, buscaba por todas partes su blusa de marino, que le habían escondido.

—¡Jesús, Dios mío, ten compasión de nosotros! gritaba María, la mujer de Ives, juntando en cruz sus débiles manos de convaleciente. ¿Cómo

ha sucedido esto? ¡Porque al cabo, no ha bebido mucho! ¡Oh, señor! decía, dirigiendo á mí las súplicas: no permita usted que se vaya. ¿Qué dirán en Toulven cuando él pase, al ver que mi marido me abandona?

Efectivamente, Ives había bebido poco; la alegría, sin duda, le había trastornado la cabeza. Además, nosotros le habíamos hecho dar un paseo al sol; Ives no tenía la culpa.

Algunas veces—pocas en verdad—con mucha dulzura era posible detenerle; yo lo sabía, pero no me encontraba de humor para emplear ese medio. No: ¡aquello era ya demasiado! ¡Hasta en aquel sitio y en aquel momento, sin respeto á la paz y á la alegría de aquella fiesta, producir tales escenas!...

Dije, pues, sencilla y claramente:

—Ives no saldrá.

Y para estorbarle el paso me coloqué en medio de la puerta, sostenido en los montantes de encina, que eran sólidos y macizos.

Ives no se atrevía á contestarme directamente, ni levantaba hasta mí los ojos turbados y sombríos. Iba y venía buscando siempre sus vestidos de á bordo, dando vueltas como bestia bravía á quien se tiene presa. Había dicho, en voz baja,

que nadie le impediría salir luego que encontrase su gorro; sin embargo, la idea de que para salir sería necesario tocarme, le contenía aún.

Por mi parte, confieso que estaba también en mal día. No sentía yo entonces hacia él aquel afecto entrañable que había durado tantos años y había perdonado tantas cosas. Veía delante de mí á un tuno borracho, ingrato, díscolo, y nada más.

En el fondo de todo hombre hay siempre oculto un salvaje que vela, sobre todo entre los que hemos rodado por el mar. Los salvajes de Ives y mío estaban frente á frente y se miraban; acababan de chocar como en los malos tiempos ya pasados.

Y fuera, alrededor nuestro, existía siempre la calma del campo, la sombra de las encinas, la tranquila *noche verde*.

El pobre viejo Keremenen, por su parte, nada podía, y aquello tenía trazas de llegar á ser odioso y deplorable, cuando se oyó á María que lloraba; eran sus primeras lágrimas de mujer casada, lágrimas abundantes y amargas, presagio, sin duda, de otras muchas; sollozos que sonaban lúgubremente en medio del silencio terrible que guardábamos todos.

Entonces Ives se acercó lentamente á su mujer, y le abrazó:

—¡Vamos, dijo, he faltado; pido perdón!

Después vino hacia mí, y empleó un nombre que algunas veces me había dado por escrito, pero que nunca se había atrevido á pronunciar: «Es necesario perdonarme, *hermano mío.*»

Y me abrazó también.

Después pidió perdón á sus suegros, los pobres Keremeren, que le besaron como padres, y pidió perdón á su hijo, Periquillo, apoyando sus labios sobre las manitas del chico, que se salían de la cuna.

Estaba completamente sereno, y todo había concluido; el verdadero Ives, mi hermano, había vuelto; veíase, como siempre, en su arrepentimiento, algo de infantil, algo de sencillo con que hacía que se le perdonase sin reservas y que todo se diese al olvido.

Recogió entonces sus vestidos, que había arrojado al suelo, volvió á vestirse sin hablar una palabra, triste, fatigado, y enjugó su frente, inundada de sudor frío.

Una hora después miraba yo á Ives, que se había colocado con su aspecto de atleta cerca de la cuna de su hijo; acababa de dormirme meciéndole

él mismo, y poco á poco, retardando uniformemente, con muchas precauciones, detuvo el balanceo de la cuna hasta dejarla inmóvil, viendo que el sueño había agarrado bien. Entonces se inclinó más para mirarlo muy de cerca; examinábale con gran curiosidad, como si nunca le hubiese visto, tocando suavemente sus manitas cerradas y sus pelillos de ratón que se escapaban siempre de su gorrita blanca.

Conforme contemplaba á su hijo, el semblante de Ives adquiría una expresión de infinita ternura. Entonces acaricié la esperanza de que aquel niño fuese en adelante la salvaguardia y la salvación de su padre.

XLIX

Por la noche, después de cenar, dimos un paseo bastante más tranquilo que el de la tarde, Ana, Ives y yo.

A las nueve estábamos sentados al borde de una carretera que atravesaba los bosques.

No era de noche todavía; en Bretaña son muy largas las tardes del hermoso mes de Junio; pero comenzamos á charlar de fantasmas y de difuntos.

Decíanos Ana:

—En invierno, cuando vienen los lobos, los oímos desde casa; pero algunas veces los aparecidos se ponen á gritar como ellos.

Aquella tarde se oían solamente abejorros y escarabajos cornudos que cruzaban la atmósfera templada, describiendo curvas caprichosas y zumbando incesantemente.

Y después, allá, en las lejanías del bosque, *hou!... hou!...* un llamamiento triste, cantado dulcemente por la voz del buho.

Y me decía Ives:

—Escuche usted, hermano, las cotorras de Francia que cantan (era un recuerdo de su cotorra de *La Sibylle*).

Las gramíneas ligeras, con sus flores de polvo gris, extendían sobre la tierra una capa muy alta, y palpable apenas, donde los pies se hundían; las últimas mariposas vespertinas que habían cesado de volar, sumergíanse unas en pos de otras en aquellas espesuras de hierba para elegir su sitio de descanso á lo largo de los tallos.

La oscuridad llegaba lentamente y con aire de misterio.

Pasó un joven con una alforja al hombro; regresaba, un poco borracho, de la romería de Lanildu, con una pluma de pavo real en el sombrero. (No sé qué tiene que ver esto con la historia de Ives; yo cuento, á la ventura, todo lo que ha quedado fijo en mi memoria.) Detúvose para pronunciar un discurso. Después, en tono de perorata, y señalando las alforjas, dijo:

—Mirad: aquí dentro tengo dos gatos. (Esto no tenía relación alguna con lo que antes había dicho.)

Dejó su carga en tierra y arrojó encima su inmenso sombrero. Entonces las alforjas comenzaron á *maullar* con voz de gato encolerizado y á dar brincos por el camino.

Quando estuvimos convencidos de que eran gatos, volvió á colocar las alforjas al hombro, saludó, y siguió su camino.

L

17 de Junio de 1878.

Muy temprano nos levantamos para ir al bosque á coger *luzes* (fruto pequeño de color negro azulado que se encuentra en las malezas más espesas, sobre plantas que se parecen al muérdago de las encinas).

Ana ya no llevaba su hermoso vestido de gala; se había puesto una gran gola sin pliegues, y una cofia sencilla. La falda bretona de lienzo azul estaba adornada con bordados amarillos; á cada lado del justillo había dibujos que imitaban esas filas de ojos que tienen algunas mariposas en las alas.

A lo largo del sendero hondo, en la noche verde, encontramos mujeres que iban á Toulven á oír la misa del alba. Desde el fondo lejano del camino las veíamos llegar con sus golas, con sus altas cofias, blancas como la nieve, y cuyos paños caían simétricos sobre las orejas, como los de los

gorros egipcios. Su cuerpo aparecía muy sujeto entre dos corpiños de lienzo azul, que remedaban los corseletes de los insectos, y en los cuales siempre había bordadas las mismas figuras, las mismas filas de ojos de mariposas.

Al pasar, todas aquellas jóvenes nos daban los buenos días en idioma bretón: su aspecto tranquilo tenía caracteres primitivos.

En las puertas de las antiguas chozas de granito oscuro, entremezcladas con los árboles, encontrábanse sentadas mujeres ancianas que cuidaban de los niños; ancianas de largos cabellos blancos y despeinados, con andrajos de lienzo azul, cortados á la moda de mucho tiempo atrás, con residuos de bordados bretones y filas de ojos: la miseria y el salvajismo de los tiempos antiguos.

Acaso la verdura nos parece más verde, más silenciosos los bosques, y los aromas más penetrantes á nosotros que habitamos casas de madera en medio del Océano ruidoso.

—A mí me parece, decía Ives, que se está muy bien aquí. Dentro de algún tiempo, cuando Periquín esté bastante crecido para que le lleve yo de la mano, nos iremos los dos á coger todo lo que pueda cogerse en el bosque, y después á cazar. Cuando yo sea un poco más rico, me compraré